

Capítulo 56

Alon sabía bastante más sobre un personaje llamado Myaon que los demás mercenarios.

Esto se debía a que Myaon era un personaje compañero que podía reclutarse para el grupo del protagonista en «Psychedelia» tras superar un determinado nivel del laberinto.

En las primeras fases del juego, muchos jugadores la reclutaban con frecuencia, incluso en niveles bajos, ya que se unía al grupo con un nivel mucho más alto.

Alon, que había vivido varios acontecimientos personales con ella, no podía evitar conocerla bien.

«.....»

Sin embargo, a pesar de esta familiaridad, la sugerencia de Myaon lo tomó completamente por sorpresa, y Alon mantuvo su silencio.

«¿Te preocupa algo?».

Myaon sonrió sutilmente.

Alon, que estaba mirando fijamente su rostro, que seguía radiante a pesar de las cicatrices, le preguntó lentamente: «¿De repente...?»

«¿De repente? Esta es ya la tercera vez que nos vemos».



Myaon, con sus orejas felinas moviéndose, continuó: «A estas alturas, ya nos conocemos bien, ¿no? Sé que eres fuerte».

«Ah».

Alon dejó escapar un pequeño suspiro ante sus palabras, liberándose por fin de sus pensamientos interrumpidos.

Ahora podía adivinar por qué ella le hacía tal propuesta.

Recordó que la tribu de Myaon tenía la tradición de venerar a los fuertes.

Aunque era un recuerdo lejano y no del todo claro, recordaba que su tribu sentía una gran admiración por aquellos más poderosos que ellos.

«Adoran la fuerza... Sienten una profunda atracción por aquellos más fuertes que ellos».

Alon miró las numerosas cicatrices que salpicaban el cuerpo de Myaon, casi como las marcas de su tribu, y dijo: «Lo siento, pero tengo que rechazar tu oferta».

«¿Eh?».

La expresión de Myaon mostraba una ligera decepción ante sus palabras.

Sin embargo, no tardó en soltar un suspiro, como si le resultara increíble haber mostrado tal expresión solo unos instantes antes.



«Bueno, entonces no puedo hacer nada al respecto. Me emocioné mucho cuando me dominaron de un solo golpe...».

Su tono estaba lleno de decepción, pero su expresión se asemejaba a la de una vendedora que acababa de fracasar en cerrar un trato.

Al observarla, Alon volvió a pensar para sí mismo.

«Sabía que la forma de pensar de los animales y los humanos es claramente diferente, pero esto... es realmente otra cosa».

Mientras Alon pensaba, Myaon volvió a hablar: «Bueno, de todos modos, avísame si cambias de opinión. Soy bastante encantadora, ¿sabes?».

Como una vendedora persistente, dijo lo que tenía que decir y se marchó.

Mientras Alon miraba fijamente su figura alejándose, de repente oyó la voz de Rine, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

«¿Me encargo yo, señor?».

«... ¿Eh? No es necesario».

«Le ha hablado de forma grosera, señor».

Rine, que no había apartado la vista de Myaon mientras se alejaba, pronunció esta escalofriante frase.



Alon apretó los labios con fuerza.

«No... no estarás pensando en matarla solo por unas pocas palabras, ¿verdad?».

Alon, al darse cuenta de que había alguien aún más inusual que Myaon cerca, respondió rápidamente: «No hay necesidad de eso. En realidad, ella no causó ningún daño».

«Sí, señor».

Rine asintió inmediatamente y desvió la mirada hacia otro lado.

Alon sintió una extraña sensación.

«Algo no está bien».

Inclinó la cabeza, sintiendo que la forma en que Rine lo trataba era un poco excesiva en comparación con cómo lo trataban otros, como Deus y Seolrang.

Justo en ese momento...

«¡Se acabó el descanso! ¡Todos, en marcha!».

La voz aguda de Argonia anunció el fin del descanso, y Alon, interrumpiendo sus pensamientos, se levantó y comenzó a caminar una vez más hacia la oscuridad.



Pasó aproximadamente un día.

La expedición para exterminar al invasor extranjero había pasado una noche en el laberinto, un lugar parecido al abismo, y continuaba avanzando.

Ahora habían llegado a la cuarta capa.

«Como era de esperar, es muy diferente al juego».

Alon chasqueó la lengua, ya que solo habían llegado a la cuarta capa a pesar de haber viajado durante más de un día entero.

Teniendo en cuenta el lento ritmo del numeroso grupo y su incapacidad para tomar atajos, la realidad de atravesar el laberinto era muy diferente a la del juego.

En el juego, con solo derrotar a ciertos monstruos se pasaba naturalmente al siguiente nivel, pero aquí, en las profundidades del abismo, los monstruos aparecían sin cesar y solo ocuparse de ellos había llevado más de un día.

Alon volvió a tomar la decisión de no volver a entrar nunca más en el laberinto mientras miraba a su alrededor.

Los mercenarios, que se habían aventurado en el laberinto varias veces antes, estaban familiarizados con la oscuridad abismal e incluso hacían bromas de vez en cuando, pero para Alon, este lugar ya se había convertido en un sitio al que nunca quería volver.

«Aunque hay un buen objeto para magos en la planta 40 del laberinto...».



Por un momento, recordó cierta información del juego, pero pronto negó con la cabeza y decidió renunciar por completo a ese objeto.

Le había llevado más de un día bajar hasta el quinto piso, así que ¿qué pasaría al llegar al cuadragésimo?

Era fácil darse cuenta de que llevaría una eternidad.

Después de un rato, se oyó una voz delante de mí.

«Ya casi llegamos al quinto piso».

Alon, que caminaba distraído, dirigió la mirada hacia la voz del mercenario y vio una puerta en la distancia, que brillaba como si fuera la salida del laberinto.

Poco después, finalmente llegaron al quinto piso.

«... El quinto piso, eh», murmuró Alon sin expresión alguna.

Pero eso era solo en apariencia. Por dentro, estaba realmente sorprendido.

Podía ver el cielo como si ya no estuvieran dentro del laberinto.

Y no era un cielo cualquiera, sino un cielo brillante y despejado.



Al contemplar las praderas azules y las ruinas desmoronadas esparcidas por debajo, Alon pensó para sí mismo.

«... Esto es completamente diferente a lo que vi en el juego».

Aunque el paisaje era similar al que había visto en el juego, la sensación al llegar a este lugar era de alguna manera diferente.

En el juego, el quinto piso había sido más bien un punto de guardado para descansar, pero aquí era realmente tranquilo.

Alon sintió un breve momento de calma, como si le hubieran quitado un gran peso del corazón.

Sin embargo, no duró mucho.

«Muy bien, tomen un breve descanso y luego comiencen a prepararse de inmediato», la voz de Argonia le recordó a Alon su propósito, y él comenzó lentamente a revisar su plan.

«Esperemos que la operación salga según lo previsto...».

Justo después de que el escuadrón de exterminio de los Dioses Exteriores llegara al quinto piso, los mercenarios, que habían descansado brevemente, se levantaron y comenzaron los preparativos en serio, tal y como Alon les había ordenado.

Y entonces...



«Clic».

Al observar sus precisos movimientos, Maverick chasqueó la lengua y desvió la mirada.

Miró a Alon.

Para ser sincero, Maverick seguía sin caerle muy bien.

Por mucho que lo mirara, Alon no parecía especialmente fuerte.

«¿Qué tiene de especial un tipo que ya está jadeando solo por caminar por el laberinto?».

Maverick recordó la conversación que Argonia y Himan habían tenido unos días antes.

No, para ser más exactos, recordó sus expresiones en ese momento.

Todos estaban empapados en sudor frío, conteniendo la respiración en silencio.

«¿Qué demonios vieron?».

Maverick había mirado a Alon varias veces, pero seguía sin encontrar nada especial en él, así que se dio la vuelta, con una clara expresión de confusión en el rostro.



Y entonces...

«¿Eh?».

En ese momento, sintió algo extraño.

Algo tan trivial.

Pero mezclado con una sensación de déjà vu.

Mientras Maverick reflexionaba sobre qué podría ser, volvió a mirar y se dio cuenta de qué era lo que le provocaba el déjà vu.

Era el ruido.

El bullicioso ruido que habían estado haciendo sus subordinados mientras preparaban el plan de Alon... ya no se oía nada.

Era como si el tiempo se hubiera detenido.

Intuyendo que algo iba mal, Maverick miró a los mercenarios y pronto identificó el origen de su inquietante sensación.

Eran los mercenarios.

Hace solo unos momentos, habían estado charlando y bromeando mientras realizaban sus tareas, pero ahora estaban todos paralizados.



Como si fueran muñecos.

Se habían detenido en las mismas posiciones en las que se encontraban mientras preparaban el plan.

Inmóviles.

Mientras Maverick, cada vez más inquieto, intentaba hablar...

los cuerpos de los mercenarios comenzaron a desplomarse.

Como a cámara lenta.

Partiendo de sus piernas como pilares, los cuerpos de los mercenarios se desplomaron en diagonal hacia el suelo.

¡Splashhh!

Manchas rojas de sangre empapaban las ruinas y las verdes llanuras.

Y entonces...

«iiiciiciiciiciiciiciiciici

Maverick, con los ojos muy abiertos por la sorpresa ante el repentino giro de los acontecimientos, lo vio.

De pie, con total indiferencia ante los mercenarios caídos, había un duende.



Sintió una abrumadora sensación de impotencia al cruzar la mirada con el duende, que lo miraba fijamente sin emoción alguna. En ese momento, se dio cuenta de varias cosas.

El duende que tenía delante había matado a sus subordinados.

El duende que tenía delante era la entidad extranjera que esta expedición debía exterminar.

Y que tenía que desenvainar su espada de inmediato.

Sin embargo, a pesar de ser consciente de todo esto...

no podía hacer nada al respecto.

No podía gritar de rabia.

No podía desenvainar su espada.

Ni siquiera podía pedir refuerzos.

No podía hacer nada.

Aunque la figura que tenía ante sí era un duende, uno de los miles que había matado antes,

instintivamente supo que «este» no era un duende cualquiera.



La mirada del duende, o más bien «eso», se encontró con la de Maverick.

En un instante, Maverick comprendió la emoción que había en esa mirada.

Era una mirada de aburrimiento y arrogancia sin límites.

Estaba lleno de hastío, como si fuera indiferente a todo lo que sucedía.

Y había arrogancia, como si lo mirara todo desde arriba.

Al final de esas emociones...

«¿Quién te ha dado permiso para mirarme a los ojos?».

Pronunció su veredicto.

Se levantó un dedo.

Lentamente.

Pero con seguridad.

Apuntaba directamente a Maverick, como si marcará con precisión su muerte inminente.

Y entonces...

Justo cuando Maverick, abrumado por el terror, cerró los ojos al ver que el dedo comenzaba a moverse...

«Quiet».

Una voz fría y sin emoción resonó.

¡¡¡Crack-crack-crack-!!!

La tierra se congeló.

Cristales de hielo, extendiéndose como dedos voraces, se extendieron sobre la hierba en oleadas, congelando todo a su paso.

«Cristal».

¡Crack-crunch~!

Un sonido escalofriante, como si algo fuera aplastado y triturado, resonó en el aire.

«Contrólate».

Al oír esa voz, Maverick abrió los ojos y vio...



Un hombre de espaldas a él, vestido con un abrigo negro que ondeaba con el viento helado. De su mano izquierda fluía una energía mágica gris pálida como humo.

Ante él, el duende —o más bien, «eso»— estaba atrapado dentro de un cristal de hielo en forma de media luna, con las cejas ligeramente temblorosas mientras se enfrentaba al hombre.

Era el conde Palatio.

Maverick, como hipnotizado, solo podía mirar fijamente esa espalda.